

MIRET MAGDALENA

UNA ENCICLICA PROBLEMÁTICA

En casi todos los países un simple fiel —clérigo o seglar— ha presentado la encíclica de Pablo VI **HUMANAE VITAE** el lunes día 29 de julio. La Santa Sede ha utilizado un nuevo procedimiento de difusión: el contacto personal, sin formulismos oficiales, con los responsables de la información. Parece como si hubiera temido el Vaticano que la Prensa desencadenara una campaña en contra.

Los temores, la mayor parte de las veces, no son sino intuiciones angustiadas de lo que va a ocurrir, y que desearíamos que no ocurriera. En este caso se ha cumplido la predicción. En casi todo el mundo —excepto en España y Portugal— se ha manifestado una fuerte ola de críticas y oposiciones, lo mismo en católicos que en no-católicos.

Pero esta ola adversa no ha tenido las características de una campaña verdadera. En general la Prensa mundial ha presentado una información franca y descarnada, pero veraz, unida a unos juicios personales críticos, que son inevitables en un mundo que quiere comenzar a ser libre.

Salvo en el caso de algunos periódicos españoles y extranjeros, nadie además ha identificado equivocadamente la encíclica del Papa con el problema de la píldora; porque el documento —bastante más matizado de lo que les ha parecido a muchos— no habla ni una sola vez de ella.

En Italia la presentación de la encíclica papal corrió a cargo de Monseñor Lambruschini, profesor de la Universidad Lateranense (refugio de muchos eclesiásticos conservadores). Lambruschini es un teólogo moderado que no se opuso a la autolimitación de la «píldora católica», antes de que hubiera hablado el Papa.

Por eso opino que —en medio de esta especie de guerra de nervios en torno al documento pontificio— se impone una reflexión cuidadosa, para no dejarse llevar históricamente por reacciones puramente emotivas acerca de él.

El hecho de haber elegido la Santa Sede a este profesor italiano, cuyas opiniones moderadamente liberales eran bien conocidas, revela, a mi modo de ver, la necesidad de superar las fáciles posturas asustadizas, por un lado, o agresivas, en el extremo contrario, que muchos adoptan. Y no porque crea, ni mucho menos, que debemos quedarnos en el desprestigiado término medio, que todo lo diluye; sino para mirar con visión histórica, lo que —dentro de poco tiempo— hemos de ver con serenidad y sin exageraciones, superando la dimensión indudablemente parcial que no pueden por menos de tener cualesquiera afirmaciones precipitadas.

Que el Papa no se ha atrevido a inclinarse por la postura de la mayoría de sus consejeros —Obispos, teólogos y expertos de la Comisión Pontificia de natalidad— es evidente. El mismo lo dice en su encíclica: «No podíamos considerar como definitivas las conclusiones a que había llegado la Comisión...», porque en el seno de la Comisión no se había alcanzado una plena concordancia de juicios. Y no es ningún secreto que la mayoría de los consejeros del Papa estaba abierta a una liberalización de las normas existentes en la Iglesia hasta ahora.

No hay que pensar ingenuamente, al leer este documento, que el lenguaje eclesiástico sea igual que el que usa la gente corriente. Por eso es necesario aplicarle un cuidadoso tratamiento, para entender sus palabras, porque siempre hay peligro de hacer decir a estos documentos algo más duro o más rígido de lo que realmente dicen.

En la Iglesia hay una evolución en muchos de sus pensamientos: Pío XI y Pío XII —por ejemplo— no coinciden totalmente, porque el Papa Ratti no autorizó el método de la contención periódica, y sin embargo, el Papa Pacelli claramente la consintió. Se ha dicho, por esta razón, que Pío XII inventó el concepto de regulación de la natalidad, y dio normas para su sana realización. Como ayer se pudo decir que Pablo VI fue el inventor del concepto de paternidad responsable, que es un paso más hacia adelante. Pío XI, en estos asuntos, representa la negativa; Pío XII, la comprensiva tolerancia; y Pablo VI —quiera o no quiera él mismo— es el iniciador de una responsable libertad.

Esta es la realidad. Porque la historia —aunque no quieran los conservadores— entra de lleno en las orientaciones que da la Iglesia, avanzando por eso cada vez más —dinámica y pro-

gresivamente— hacia el desarrollo de un hombre y de una mujer maduros y libres; aunque lo haga todavía demasiado lenta o insatisfactoriamente, en la opinión de muchos.

Una encíclica —y ésta es la primera reflexión que debe hacerse un católico— no es nunca un documento infalible: su autoridad no es jamás absoluta, aunque ningún católico niegue que tiene autoridad. Basta leer a cualquier especialista católico para enterarle de ello: un Choupin, un Jung o un Van Gestel son tres botones de muestra de lo que afirmo. Y, en ello, prácticamente no hay discusión entre los teólogos.

El Cardenal Alfrink nos lo recuerda: «Las encíclicas no son infalibles». Y Monseñor Lambruschini, afirmando la obligatoriedad de la encíclica, dice, sin embargo, que «su normatividad no es irreformable».

En una encíclica, además, se hacen afirmaciones que son de muy desigual valor: el teólogo Van Gestel, O. P., ha analizado este fenómeno con mucha finura. Hay en estos documentos cuatro clases de afirmaciones: 1.º) principios cristianos generales, que se encuentran claramente en el Evangelio, y que la Iglesia repite en una y otra ocasión a través de los siglos; 2.º) explicaciones diversas y variados argumentos, que sólo valen por la fuerza misma del razonamiento que expresan; 3.º) aplicaciones prácticas a casos actuales que, siendo norma general para la actualidad, tienen sin embargo la circunstancialidad de toda situación concreta; 4.º) indicaciones de puro consejo, que rozan directamente a las cosas temporales (indicaciones científicas, políticas, sociológicas, médicas...), y que nunca pueden ser obligatorias, bajo ningún concepto, aunque sí dignas de respeto.

La primera pregunta que debemos hacernos por tanto es: ¿por qué no emprender un análisis sereno de la nueva encíclica que tanta saliva y tanta tinta inútil, está haciendo gastar? Y la segunda: ¿por qué seguir propugnando, en este final de siglo XX, como hacen algunos, un concepto infantil de obediencia ciega, que ahora descubrimos —gracias a los estudios del teólogo A. Adam— que nunca propugnó la teología católica tradicional representada por Santo Tomás?

Ya sé que un documento como éste requiere, en principio, el respetuoso acatamiento de los católicos; pero el cardenal Heenan, primado de Inglaterra, observa con inteligencia, que en este documento pontificio, «Pablo VI no emplea las frases mucho más categóricas de Pío XI y Pío XII; y no hace apelación a la infalibilidad». Se abre, con ello, camino no a la rebelión, sino a un nuevo y muy tradicional concepto de autoridad en la Iglesia. Porque ya no cuenta entre los creyentes, en primer lugar, la fuerza jurídica o coercitiva del que manda; sino la fuerza moral de la persona que quiere ayudar a los demás. «La autoridad se recomienda a sí misma, no imponiéndose, sino persuadiendo; convenciendo, sin coacciones; orientando, en vez de dominando; siendo personal, en vez de impersonal; tratando a los gobernados como asociados y colaboradores, en vez de súbditos... El autoritarismo resulta completamente extraño en cada una de las páginas del Nuevo Testamento». (J. L. Mac Kenzie, S. J., *La autoridad en la Iglesia.*)

Pablo VI da una doctrina personalista del matrimonio, y no duramente inhumana como algunos teólogos; pero rechaza el control de natalidad que sea indiscriminado o artificioso. Y esa enseñanza la da —y esto es lo más decisivo de su documento— «basado en la ley natural, más que en la Sagrada Escritura; el Papa evita las citas bíblicas, porque hay discusión entre los especialistas sobre varios textos» (monseñor Lambruschini).

Ante esta postura del documento pontificio, en ese punto concreto, debemos recordar la norma que da el escritor católico norteamericano Padre Mac Kenzie, S. J.: «Si la autoridad eclesiástica resuelve un problema moral recurriendo a un razonamiento filosófico, en vez de basarse directamente en el Evangelio, sus conclusiones no tienen más valor que el que fluye de los argumentos filosóficos empleados».

El catolicismo pide indudablemente respeto para lo que hable o escriba la autoridad eclesiástica; pero también exige reflexión, como intentaré manifestar en mis artículos sucesivos. Por eso no se puede aceptar que nuestra postura sea sólo la de simples autómatas, como algunos querrían.

Si esta encíclica, en el concepto de muchos, es problemática, no nos olvidemos que, para todo fiel consciente, todas las encíclicas tienen que serlo en buena parte, sin —por eso— adoptar una postura meramente negativa con ellas.